

I
POR AIRE

El chico había llegado de Seattle en un autobús que iba al norte y hacía rato que estaba en la calle observando el bar y sopesando sus opciones. Una ráfaga de viento le acercó el olor a alquitrán caliente que salía de las grietas del suelo; el día, cálido hasta entonces, se volvía fresco, los aviones cruzaban el cielo vespertino y en el cercano aeropuerto se oía el rugido de los reactores y de los aparatos que despegaban. No había mucho que ver, sólo un edificio de madera de dos plantas y un diminuto aparcamiento de grava. Rozó con el pie un guijarro, meditó otro segundo y entró.

Dio un sorbo a la cerveza, miró a su alrededor y dejó el vaso. Se quedó apoyado en la barra, con los codos abiertos. Era el típico sitio —barra pequeña, luz escasa, clientes con medios de vida dudosos— al que, cuando era menor de edad, solía ir con la documentación de su hermano y la esperanza de ligar con alguna chica. Había estado fuera de circulación durante dos años por haber causado la muerte de una persona en un accidente de tráfico. Había tenido suerte; como era joven, el juez había sido clemente. Era delgado y llevaba una camisa roja, tan gastada que el tejido se había vuelto del color de los melocotones secos. No se la había puesto mientras había estado entre rejas. Vestido con la ropa de antes olía a algo parecido al polvo, a una mezcla de moho y habitación oscura y cerrada, y era un olor tan intenso que parecía brotarle de la misma piel.

Miró la cerveza que tenía delante, mejor que la orina de caballo que fabricaban en Monroe, mitad fruta, mitad saliva, como un licor destilado clandestinamente en el bosque pubiano. Dio otro sorbo. Era el primer alcohol legal que tomaba y se quedó mirándolo, sin apartar los ojos de la humedad que

resbalaba por las paredes exteriores del vaso y se acumulaba formando un cerco en la base.

«No la cagues ahora —se dijo, mirando a los demás clientes—. No vuelvas a cometer una estupidez.»

Cuando Eddie se acercó a la barra y tomó asiento, el chico fantaseaba con estar en algún lugar donde no hubiera puesto los pies antes. Entre los dos mediaba un taburete, el chico miraba su cerveza, observaba con atención el movimiento de las burbujas que subían a la superficie, se deslizaban hacia un lado y se congregaban.

Eddie pidió otra cerveza y esperó a que el barman llenase la jarra. El chico lo miró de reojo mientras el otro esperaba a que le llevaran la bebida. Cuando el barman se alejó, Eddie volvió la cabeza para echar una ojeada al bar. Al fondo había dos mesas de billar, una estaba ocupada; pegadas a la pared había una serie de mesas bajas y dos o tres sillas alrededor de cada una. Eddie enderezó la cabeza y se puso a hablar con la cerveza que tenía delante.

—Supongo que eres tú.

El chico lo miró durante una fracción de segundo y apartó la vista. Eddie no era como había imaginado, un mexicano bronceado y chaparro, con las mejillas picadas de viruela y un delgado reguero de pelo en el labio superior.

—¿No eres muy joven? —añadió Eddie.

—Tengo edad suficiente —dijo, estirándose en el taburete. Sabía perfectamente cuál era su aspecto, el de un muchacho de veintidós años, poco más de los que necesitaba para poder estar allí. Los dos años de cárcel lo habían adelgazado, le habían endurecido los músculos. También le habían endurecido el carácter, pero sabía que seguía pareciendo un adolescente, con una nuez de Adán como el puño de un recién nacido y unos pelos maxilares que parecían pintados por un niño.

—Creo que no hace falta que te lo diga —replicó Eddie—, pero es mejor que entiendas desde el principio que no se trata

de una equivocación. Me dijeron que buscabas algo y aquí estoy. Yo ni siquiera habría venido si alguien no hubiera dado la cara por ti. ¿Entiendes?

El chico asintió con la cabeza y se quedó mirando las botellas de licor que había al otro lado de la barra. Su hermano mayor lo había metido en aquello. Él había estado al volante en el accidente de dos años antes y el chico se había puesto en su lugar para aparecer como culpable. Se murió de miedo, pero cargó con la culpa del otro para que a éste no volvieran a encerrarlo. Fue una idiotez, pero lo había hecho y su hermano había quedado libre. Ahora él lo ayudaba y estarían en paz.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo el chico—. No habrá accidentes. Soy de lo mejorcito que hay.

Eddie sonrió.

—No me lo digas a mí. Por lo que a mí se refiere, eres un trabajador autónomo. Eres contratista y trabajas a comisión. No tienes que darme explicaciones. Yo sólo estoy aquí para decirte que no te conviene cagarla.

Se levantó, dio las gracias al barman y se fue por la puerta principal.

En el taburete donde había estado sentado había las llaves de un coche. El chico se inclinó como por casualidad y las recogió. Las mantuvo por debajo de la barra y, cuando acabó la cerveza, introdujo el dedo en la anilla de metal y dio vueltas a las llaves, una y otra vez, para que bailaran libremente en el aire.

Bobby Drake, ayudante del *sheriff*, echó otro vistazo al coche. Las drogas siempre habían representado un problema al norte de Silver Lake, pero aquellos días los contrabandistas habrían

sido realmente idiotas si hubieran cruzado los pasos fronterizos con mercancía. Se había duplicado la seguridad y después de años de tráfico impune por fin había un auténtico equipo operativo. Durante mucho tiempo había sido como si en vez de dos países hubiera uno solo y para entrar en Columbia Británica bastaba un permiso de conducir.

Las drogas se habían extendido y conforme se protegían las fronteras, se buscaban otros medios para cruzarlas. Con experiencia o con conocimientos podía ser un buen negocio. Drake lo sabía. Su padre, el antiguo *sheriff* —en aquellos momentos en la cárcel— también lo había sabido. Aquella tierra, aquellos montes y valles, tallados por los glaciares y la erosión, eran ahora como un recuerdo de la vida anterior de Drake. Una vida ya inexistente con caballos que se criaban en el campo de su padre. Una vida que había discurrido entre manzanos y cosechas de otoño, una vida desaparecida y olvidada y de la que no quedaba más que una valla de madera que los años habían confundido con el suelo, y unos árboles tan mustios y raquíticos ya como las manos de un esqueleto. Observada de punta a punta, la vida de Drake estaba tan limpiamente partida en dos que apenas se reconocía.

Sacó los prismáticos y escrutó el calvero. Todo era zona de bosques que se había cedido a las grandes compañías madereras. Todo era un mosaico de tramos castaños donde se había talado recientemente o de tramos verdes donde acababa de plantarse. Las colinas se alargaban y se convertían en montañas, la cima blanca de Monte Baker perforaba el azul del cielo allá en las alturas. Pensó que incluso los Jumbos podían perderse en un lugar así.

El ayudante del *sheriff* abrió la portezuela para que el aire de la montaña, con su pegajoso olor a agujas de pino, a resina y a tierra húmeda, entrase en el coche patrulla. Sacó una pierna y se frotó una vieja herida que se había hecho en la cara interior del muslo jugando al baloncesto. Era demasiado alto

para quedarse en el coche patrulla y con la pierna estirada podía apoyar el pie en la grava. De mandíbula en punta, pelo castaño con entradas. Aún era lo bastante joven para recorrer la cancha driblando al contrario sin perder el balón, y se mantenía en forma, aunque ya empezaba a perderla porque comenzaba a sentirse cómodo en el trabajo.

La matrícula carecía de referencias. Se quedó mirando la pantalla del ordenador portátil, luego bajó y se acercó andando al coche. No había en él nada fuera de lo corriente. No lo habían forzado. Estaba en medio de ninguna parte y era sólo un vehículo estacionado en el arcén. Se arrodilló y palpó los bordes en relieve de la ancha huella dejada en el blando suelo por un neumático doble. Drake rehízo la trayectoria de la rueda hasta donde había salido de la calzada; luego fue al otro lado y vio que el neumático dejaba impreso el borde exterior y giraba para volver a la carretera. Supuso que era un vehículo grande, un camión articulado sin remolque, o un Chevy o un Ford de gran tamaño, algo con grúa para remolcar. No ponía la mano en el fuego, no lo aseguraba, pero sabía —a juzgar por el hecho de que las huellas del neumático mayor se cruzaban con las del más pequeño— que, buscara lo que buscara aquel vehículo, había estado allí, y sabía asimismo, porque patrullaba por allí cada veinticuatro horas, que el coche no llevaba más de un día en aquel lugar.

Volvió sobre sus pasos y se quedó mirando el coche aparcado. Juntó las manos y las apoyó en la ventanilla. El interior estaba limpio. En el suelo no había ni un envoltorio de chicle. Había esperado una caja de McDonald's, una bolsa de alguna tienda de comestibles, incluso un tique o un resguardo, cualquier cosa, algo.

Observó entre los árboles el paso del viento que bajaba de las montañas. Oyó el susurro, el crujido de la fronda, ramas y hojas moviéndose al unísono, como el agua que espumea en la cresta de una ola y se curva suavemente conforme gana velocidad. Alzó la vista para contemplar aquel cielo maravilloso y

despejado y sintió la caricia del viento en la nuca. No sabía qué le sucedía, por qué no podía olvidarse de aquel coche, de aquella sensación, de todo. Forcejeaba con una antigua y conocida inquietud, con la soledad que había acabado conociendo. La misma que experimentaban él y su mujer en la casa de su padre, que ahora era de ellos, por lo menos la cuidaban mientras el padre estaba encerrado.

Volvió a mirar hacia las montañas con los prismáticos. Barrriendo las cumbres con su campo visual, deteniéndose para ajustar el enfoque, reanudando el barrido. Se quedó un rato junto al coche. El viento procedente del lago azotó la grava y formó un pequeño remolino de polvo. Volvió al coche patrulla y llamó a la oficina forestal de Baker.

—¿Habéis localizado a alguien procedente de Seattle en la zona de Silver Lake?

—A nadie, ayudante.

Leyó la matrícula al agente forestal.

—¿Os suena?

—Todo eso está lleno de zonas taladas y caminos madreiros. No alcanzo a concebir para qué querría ver nadie esos lugares.

—Yo tampoco —dijo Drake, que dio las gracias al agente forestal.

El sendero que tenían delante era empinado e irregular. No era lugar para el chico, que no sabía montar ni mantenerse erguido en la silla, indiferente al paso del caballo. Phil Hunt se volvió para mirarlo. Los caballos iban en columna y subirían y bajarían las colinas siguiendo al que fuese delante, pero el chico lo ponía nervioso.

—¿Hace mucho que trabajas en esto? —preguntó Hunt.

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—¿Me estás mintiendo?

—Sí.

—No creo que tengas más de veintidós o veintitrés.

—Eso es verdad —respondió el chico. Se volvió en la silla para mirar lo que habían dejado a sus espaldas, cicutas y abetos que se prolongaban por el estrecho valle. Más allá, una zona talada y filas de retoños recientes. Empezó a desviarse hacia la izquierda.

—Ten cuidado —murmuró Hunt, bajándose el ala del sombrero para protegerse del sol y observando al chico.

—No esperaba esto cuando se me contrató.

Hunt repitió mentalmente aquellas palabras y se olvidó de ellas. Estaba claro que ese muchacho no tenía mucha experiencia en aquellas lides, ya que subiendo y bajando vertientes repetía movimientos sin ninguna necesidad. A pesar de todo, se parecía un poco a él cuando tenía su edad, treinta años antes, con aquel pelo castaño, aquella piel del color de la tierra del desierto, un poco fanfarrón, demasiado seguro de sí mismo, delgado como una navaja barbera y con una boca que parecía otra navaja.

—No todo son lanchas motoras y fiestas de postín —comentó Hunt—. Quizá sea ésa la costumbre allá en Keys. Pero aquí arriba es un poco distinto.

—Ha sido instructivo.

A Hunt le pareció que el chico se reía, pero no se volvió a comprobarlo. Era la última expedición de la temporada; las montañas no tardarían en estar cubiertas de nieve. ¿En qué había estado pensando Eddie al mandar a ese muchacho allí arriba? Un trabajo duro como aquél y un chaval que no sabía ni lo más elemental. Podía acabar muerto sólo por ir a lomos

de un caballo; un error, un paso en falso, y caería de cabeza por un precipicio.

Los caballos eran de Hunt, dos ruanos que había criado en su parcela de media hectárea. Les daba de comer y los dejaba correr libremente, pelaje castaño con manchas blancas, músculos tan hermosos y bien torneados como esculturas de piedra, corriendo por el campo, levantando surtidores de tierra con el golpeteo de los cascos. Nora, su mujer, y él se turnaban todas las mañanas para esparcir la paja por el campo, y se quedaban junto a la valla, con los brazos apoyados en ella, oyendo con alegría los juguetones relinchos. Hunt no sabía dónde habrían estado sin ellos. No le gustaba necesitarlos para aquellas faenas ni que tuvieran que subir y bajar colinas conducidos por las inexpertas manos de aquel chico.

Lo miró con ojos cautelosos, medio esperando verlo montado de espaldas en la silla. Empezaba a hacer frío y el chico no llevaba más que los tejanos, el calzado deportivo y la cazadora negra de nailon que ondeaba y restallaba al viento cuando rebasaban la cima de una colina y luego bajaban en hilera por la vertiente de la siguiente cañada. Hunt llevaba guantes de piel, tejanos y un grueso anorak con manchas verdes, para camuflarse en los bosques. Se cubría la cabeza con un sombrero vaquero que guardaba en la caja del camión para las misiones como aquella. El sombrero le confería autoridad y le gustaba levantar el ala para saludar a su mujer y ver que ella lo secundaba sonriendo. Se sentía joven de aquel modo, con el pelo gris cortado a cepillo cubierto por el sombrero, con las marcadas arrugas de su rostro sombreadas por el ala. Había prestado al chico una de sus gorras de béisbol, una gorra ajustable de los Mariners, y ya iba listo.

—¿Lleva mucho tiempo en esto? —le preguntó el muchacho mientras bajaban una vertiente y echaba el cuerpo hacia atrás para no estamparse contra las orejas del caballo.

—Es lo único que sé hacer para ganar algún dinero.

—¿En serio?

—Por aquí no hay mucho trabajo para un hombre con mi historial.

—Ya suponía yo que nos habíamos dedicado a lo mismo —repuso el chico sonriendo de manera espontánea.

El ayudante del *sheriff* Bobby Drake enganchó la correa del fusil con el pulgar y le dio la vuelta. Llevaba encima unos prismáticos reglamentarios, pero la mira telescópica del fusil era más potente. Llevaba un calibre 270 de caza y unas buenas botas de alpinista, lo bastante fuertes para ponerle crampones en invierno y suficientemente ligeras para calzárselas en verano. Cargaba la mochila en la espalda y jadeaba con cada paso. Era joven, apenas tenía treinta años. Su corazón estaba acostumbrado a resistir, acostumbrado a las caminatas largas y difíciles por las montañas. La piel, del color de la tierra, del color de quien pasa un verano caminando y bañándose al sol.

Había regresado al lugar donde estaba estacionado el coche al día siguiente, su día libre, temprano. Comprobó nuevamente la matrícula. Nada. Se quedó allí junto al vehículo, con las aguas azules de Silver Lake prolongadas hasta el infinito y el polvo del arcén revoloteando y arrastrándose por el hormigón, impulsado por el viento. Abstraído, dio unos leves golpes en la ventanilla, quizá sólo para comprobar que el coche existía realmente, que no era un espejismo. Se quedó allí y miró el interior. Nada había cambiado. Todo el asunto lo estaba poniendo nervioso.

Mientras andaba, apartando azucenas y arándanos, se puso a pensar en Sheri, su mujer, de la que se había despedido aquella mañana mientras estaba sentada a la mesa del desayuno.

no, ante un tazón de Cheerios, con una leche que se estaba volviendo amarilla, dulzona y empalagosa en contacto con el aire. Le había preguntado qué se traía entre manos, qué sucedía. Él sabía lo que habría respondido ella si se lo hubiera dicho. Aún eran recién casados y no se había acostumbrado a la idea de que ella estuviese allí todas las mañanas, auscultando su vida. No podía explicarle por qué había cargado en el coche los palos de la tienda en la funda, así como el fusil y comida y ropa como para pasar la noche fuera. No era propio de él. Nada de lo que estaba haciendo lo era, marcharse de aquel modo. En cambio, su padre sí lo habría hecho. Siguió andando, pensando en la clase de hombre en que se estaba convirtiendo.

Había crecido en aquellas montañas. Su padre lo paseaba por ellas en las excursiones que emprendían los fines de semana. El valle se allanaba a los setecientos o mil metros y mientras Drake recorría los campos de juncias y espiguillas, siguiendo el curso de los arroyos que surcaban la vaguada, levantaba los ojos para mirar las cumbres.

Percibía el aroma de las campánulas caídas y al pasar introducía un dedo debajo de los cálices y recogía los marchitos pétalos de color de rosa. Necesitaba llegar más arriba.

Hunt sacó el mapa topográfico, lo sostuvo con la mano enguantada y le echó un vistazo. Consultó el reloj y comprobó la altitud a que se encontraban. La noche anterior habían acampado en una espesura de abedules blancos y él había dormido mal, en un suelo desnivelado y con un guijarro clavado en la espalda. En algún momento había soñado que estaba otra vez en la cárcel y había vuelto a tener aquella sensación de soledad

y encierro, más intensa en los sueños de lo que había sido en la realidad hacía veinte años. Voces huecas que resonaban por pasillos de hormigón. Pobres almas consumidas, débiles y famélicas, que barbotaban insensateces, cajas torácicas que eran como dos garras articuladas alrededor de un esternón. Despertó aturdido, con la lengua doblada hacia la garganta, flotando hacia atrás como si tuviera intención de ahogarlo. Se puso de costado y aspiró el aire fresco de la montaña.

Hunt había dejado el camión y el remolque a un día de camino, lo bastante lejos para que no los encontraran. Sostenía el mapa con una mano mientras guiaba la yegua con la otra. Al pasar por un abetal se dobló sobre el cuello de la yegua para evitar las ramas y aspiró el olor que emanaba el pelaje del animal, vio su brillo, el polvo y la grasa que exudaba y que se fundían con el aire. Era una yegua preciosa. Estaba orgulloso de ella, de lo que había llegado a ser.

Bordeando un pedregal en pendiente llegaron a un matorral poblado de frambuesos y el chico comió algunos frutos al pasar. Hunt desmontó, hizo visera con la mano y miró hacia el sol. Calculó que les quedaban alrededor de tres horas de luz.

—Desmonta y ayúdame.

El chico dobló la pierna por encima del cuello del animal y, sujetándose al arzón con la mano, bajó de la silla medio deslizándose, medio cayéndose.

Hunt sacó un GPS de las alforjas y echó otro vistazo al mapa. Estaban rodeados de pequeños alisos y el viento arrancaba hilachas de verde musgo de su blanca corteza.

—Estamos demasiado abajo —comentó Hunt, consultando el altímetro del GPS y comprobando lo que indicaba su reloj, para estar seguro. Alargó el GPS al chico y echaron a andar.

Espesa y sinuosa, la arboleda de alisos se extendía valle arriba, siguiendo el cauce de un torrente, y hacia allí se dirigieron, tirando de las monturas.

El chico lanzó una maldición y alzó el pie que había hundi-
do en tierra pantanosa.

—Ten cuidado.

—No pensé que llegara a decirlo, pero estaría bien volver
a montar.

—Lo único que necesitamos es encontrar un prado desde
el que se vea bien el norte, allí acamparemos y dejaremos suel-
tos los caballos durante un rato. No le quites el ojo al GPS.
Hay que seguir esta latitud si podemos.

—¿Habrás esperándonos un puchero lleno de oro al final
del arco iris?

Hunt se volvió para mirar al muchacho. Sonrió y dijo:

—Si tenemos suerte, habrá dos pucheros.

—Espero que seas justo al repartir —apostilló el chico.

—Hasta cierto punto.

Siguieron andando en silencio, tirando de los caballos,
Hunt pensando en lo que podría hacer con el dinero que le
aguardaba. Siguió adelante, sumando dólares mentalmente. Se
entretuvo con aquello durante un rato, pensando en Nora, su
mujer, en la vida que llevaban juntos, abstraído mientras avan-
zaba. Pensó en lo que tenían ahora, en lo que habían tenido los
primeros años, cuando no podían dejar de tocarse, noche y día
con el calor de la sangre que corre hambrienta por las venas
para volver al corazón.

Luego, durante los años intermedios, la vida había sido
como si se hubieran esforzado por llenarla con algo, por derra-
marlo como cemento encima de las preguntas relativas a su
existencia, con las respuestas allí mismo, pero sin que la piedra
líquida dejara de fluir. Repetidas veces habían ido a ver al mé-
dico en busca de respuestas y siempre habían vuelto a la mis-
ma casa, a los mismos dormitorios, al mismo espacio vacío.

—¿Me echas a mí la culpa? —había preguntado Nora, los
dos acostados en la habitación negra como la pez, las persianas
bajadas, sin ninguna luz que le confirmara que la voz que oía

era la de su mujer. De espaldas a ella en la oscuridad, fingía estar dormido, con los ojos muy abiertos, con una creciente cobardía en su interior, sin decir nada. No sabía qué decir. Ella se iba entonces, se levantaba de la cama y se iba. Él oía arrancar el coche y se quedaba escuchando los ruidos que producía la noche al otro lado de la ventana, coches que pasaban por la cercana carretera, el rumor del viento cuando soplaban entre las ramas de los alisos. Es así, así es como termina, pensaba. Sin carreras desesperadas hacia el garaje, sin abrir puertas para pedirle que regresara. Sentía el paso de las horas con los ojos abiertos en la habitación a oscuras, y cuando se levantaba para vagar por la casa, para encontrar alguna salvación en la vida que había llevado, veía a Nora allí mismo, al otro lado de las ventanas, con el motor en marcha, los faros encendidos, el coche todavía allí, inmóvil.

Por entonces no tenían nada; era como si se lo hubieran quitado todo. Y la verdad —si hubiera habido alguien a quien contársela— era que le asustaba la posibilidad de conseguir lo que se proponía. Los dos eran responsables de gran parte de lo que había sucedido entre ellos, de gran parte del pesar que había sentido él aquella noche al verla allí fuera, en el automóvil.

En los años que siguieron se dio cuenta de que habían alcanzado cierto entendimiento, un compañerismo que los mantenía juntos. Sabía también que el dinero podía cambiar la situación, lo sabía, sabía que podía mejorar o empeorar las cosas. Siguiendo el cauce del torrente de montaña, meditando sobre el pasado, divisó tierras más altas y mandó al chico por delante, y subieron hasta que llegaron a un denso pinar. Ya no faltaba mucho, faltaba muy poco.

Los árboles desaparecieron y vieron un prado, el torrente bajaba serpenteando de algún lugar situado más arriba y allí no había nada más que hierba, campo llano y ancho delante de ellos. A lo lejos oyó el grito de una marmota que anunciaba al valle la llegada de los humanos. No hubo pala-

bras, sólo dos hombres con sendos caballos y las caras grises de las montañas que los miraban desde lo alto, con algunos regueros de árboles y terreno pelado que discurrían como enredadera por las cumbres.

El chico miró a su alrededor para percatarse de dónde estaba.

—¿Siempre trabaja usted solo? —preguntó, acercando el caballo para ponerlo a la altura del de Hunt.

—Casi siempre —respondió éste, buscando entre los árboles un lugar donde montar el campamento—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque se nota.

—No se trata de recursos humanos, chico.

—No, es verdad —dijo el muchacho—. Es un juego de habilidades muy distinto.

Quando salió de los árboles y encontró un lugar donde instalarse, Drake dejó el fusil en el suelo, sacó un cojín de la mochila y se lo puso debajo. Comprobó la posición del sol y consultó la hora. Eran casi las cinco y cuarto y hacía más de seis horas que no probaba bocado. En la cumbre más lejana veía un halcón o un águila elevándose con el viento ascendente, marmotas llamándose entre sí cuando la sombra del ave de presa resbalaba sobre la roca. Comió un bocadillo preparado y sacó los prismáticos. «¿Qué esperabas?», se dijo con un brote de desprecio. Miró el mapa y calculó el punto donde se encontraba. Sólo contaba con el instinto para saber si su suposición era acertada o no.

Había una buena vista de la cañada siguiente y de la cañada de la que acababa de subir. Miró hacia atrás, hacia el cami-

no por el que había llegado y vio el torrente y el verdegal de campánulas que había atravesado. Desde donde estaba veía perfectamente todo lo que había entre él y Silver Lake. En las colinas lejanas destacaban las zonas taladas y las franjas de grava y tierra de los caminos madereros. Apartó los prismáticos, ajustó la mira telescópica del fusil y apuntó cerrando un ojo con la esperanza de localizar un bonito antílope.

La luz del día empezaba a irse y creaba ya sombras espectrales en los prados de abajo, engullendo campos enteros conforme avanzaba el quebrado perfil de la oscuridad. Sus ojos se fueron adaptando. El sol poniente reptó por el borde de la mira del fusil y entonces se dio cuenta de que haciendo sombra en el extremo de la mira y apoyando el arma en la roca veía mejor la zona oscura. Calculaba que disponía de unas veinte horas antes de tener que volver a la comisaría, tiempo de sobra para trabajar en serio y que saliese algo de la maleza. Todo un bosque allí y no se movía más que las copas de los árboles.

La avioneta remontó las cumbres y se estabilizó, sacudiendo las alas cuando la golpeaba el viento, y la carlinga temblaba sin avisar, todo envuelto en nocturnas tintas grises y azules, la cabina del piloto a oscuras, las caras del piloto y del copiloto pintadas con la luz verde que salía del tablero de instrumentos. El aparato había despegado pasada ya la medianoche desde una pista particular próxima a Reclaim, inmediatamente al norte de la frontera, y había recorrido ya alrededor de ochenta kilómetros volando bajo. El piloto comprobó el GPS e hizo una señal al copiloto para que se acercase a la puerta y preparase la carga.

Lo único que el piloto pudo ver durante unos segundos fue la siguiente cresta montañosa y la noche negriazul que tenía delante. Se inclinó a ambos lados, mirando hacia abajo, vigilando el taquímetro y tratando de adivinar lo que había a sus pies. Tiró de la palanca de mando y el aparato trazó una amplia curva por encima del valle; visto de lejos, destacó durante un momento sobre los blancos glaciares que se entreveían al fondo. Cuando el piloto dio la vuelta, vio la bengala, roja y redonda, chisporroteando en el viento, pero ascendiendo de todos modos.

Redujo la velocidad e hizo una señal al copiloto. La cabina quedó bañada en la luz roja de la baliza adosada al paquete y se abrió la puerta. El viento entró en tromba, hubo una ligera sacudida cuando el bulto salió del aparato y el copiloto cerró la puerta corrediza. El piloto dio otra vuelta por el valle, siguiendo con la mirada la deriva que el viento imprimía al paquete y el paracaídas abierto en el aire, semejante a una medusa gigantesca. El parpadeo rojizo de la baliza se sumergió en las tinieblas del suelo.

Drake despertó en mitad de la noche sin que hubiera causa concreta. Se quedó mirando las paredes de la tienda sacudidas por el viento. Siempre había pensado: así sucederá. Así es como moriré, en una tienda agitada por el viento, sin nadie presente para saber qué ocurre. Estuvo mirando la tienda durante un largo rato, escuchando. Siempre le rondaba la idea de que lo acechaban, la obsesiva incertidumbre de lo que habría fuera del alcance de su vista. Frecuentaba los bosques desde que era niño, pero nunca lo abandonaba aquel miedo que parecía pegado a su ser. Osos, jaguares, animales mayores que él

y que podían seguir su rastro. Se quedó acostado, escuchando los matices de su respiración; y entonces lo oyó, muy lejos, a lomos del viento procedente del valle. El suave gemido de un motor. Oyó que el regulador descendía una octava y entonces estuvo seguro, el aparato subía, trazaba una curva en el valle como un bumerán.

Abrió la cremallera de la tienda y se quedó descalzo sobre la hierba fría, oteando el valle. Volvió a oírlo, era el gemido de un motor. En realidad, lo mismo podía ser un cortacéspedes, pero sabía que no lo era, en aquel lugar no. Había salido la luna, blanca y radiante en el cielo azul marino. Reduciendo las estrellas a simples puntos de luz. Ahora lo veía, era un avión, volaba bajo, hacia los árboles, trazando una curva hasta que su oscuro bulto se perfiló perfectamente sobre los glaciares y volvió a sumergirse en las tinieblas.

Sopló el viento y le levantó la ropa, impresión viva sobre su piel, y se sintió solo, en medio de la oscura sombra del valle inferior. ¿No había esperado aquello? ¿No era por aquello por lo que estaba allí, por el desesperado apremio de poner las cosas en orden, de atrapar un retazo de vida que se hubiera descuidado? Del fondo del valle brotó una bengala que ascendió a los cielos en espiral. La avioneta pareció virar en aquella dirección, como una trucha en el agua, para observar. Oyó el trallazo del paracaídas, el golpe seco del aire cuando se hinchó, y el paquete cayó en vertical, bulto de parpadeos rojos colgado de una nube oscura. La avioneta se zambulló una vez más en el valle y se dirigió al norte, remontando las cumbres. Sin luces, sin nada. Oscuridad, silencio y el parpadeo rojo del paquete que flotaba en el aire del valle.